

PARA VIAJAR PLACENTERAMENTE

Desde luego, viajar a pie tiene sus inconvenientes. A veces, considerables inconvenientes. En primer lugar no se alcanza, viajando de esta manera, ni prestigio ni categoría. Los ricos viajan en sus coches y algunos tienen coches aparatosos, que, al parecer, valen setenta u ochenta mil duros. Los pobres desearían viajar en ellos, pero no hay coches de esos para todo el mundo, porque, según dicen las personas entendidas, no está la ciencia bastante adelantada todavía para resolver el problema. Cuando pasa un vehículo de esa clase por delante del café, a la gente que está sentada en las mesas se le avivan los ojos y la mirada se les va detrás del prodigioso artefacto. La riqueza fascina. Es quizás, en los tiempos que vivimos, la única cosa que fascina realmente. Todo lo demás son puerilidades y simplezas.

—¡Qué buen escritor sería usted si tuviera un coche de esos! —me dijo un día un secretario de Ayuntamiento—. ¡Cuán apreciados serían sus escritos si el público pudiera decir que usted posee un trasto de esa naturaleza!

Cada día aumenta el número de idealistas. Cada día es mayor el número de personas que sueñan con tener lo inasequible. Las personas que se contentan con lo que simplemente tienen, con la materia del pan nuestro de cada día, los materialistas, somos considerados unos infelices. En la Prensa y en las conferencias y en los libros, los materialistas somos objeto de unas rociadas ácidas y destempladas, se nos presenta como los causantes de todos los males de la época. Hay que tener ideales elevados, o sea coches de ochenta mil duros. Hay que tener el ánimo levantado, etc.

Anda uno por la carretera y al pasar un coche con la nube de polvo que levanta, uno queda inmerso en una espesa bruma mineral. El ánimo queda bastante disminuido. Las carreteras son polvorrientas y, generalmente, malas. Y éste es un grave inconveniente cuando se viaja a pie. ¿Cómo obviar la tristeza que produce quedar abrigado, cada dos por tres, por estas nubes de polvo que con tanta frecuencia se levantan en las carreteras? Cuando no hace viento y reina la pura placidez en la superficie de la tierra, el problema no tiene solución. No hay más remedio que enfrentarse con los efectos del progreso técnico a pecho descu-

bierto. Cuando hace viento, hay una solución: ponerse siempre, en relación con el coche que pasa, a barlovento. Para ello, hay que saber la dirección del viento. ¿Cómo saberlo? Hay un método sencillo y antiguo para saber de dónde viene el viento. Consiste en mojarse un dedo, levantarlo en vilo, y donde se siente frescor es por el lado de donde sopla el céfiro. Es un procedimiento sencillo, pero útil para toda clase de vientos —incluso para los metafóricos de la vida pública y de la sociología. Yo he conocido personas que se han pasado la vida con un dedo humedecido y levantado, tratando de fijar la dirección del viento. Es una manera de pasar el rato como otra cualquiera y, desde luego, de una gran utilidad. En la vida hay que ponerse siempre a barlovento, hay que ganar barlovento siempre.

Hay otra manera para soslayar el polvo de las carreteras: consiste en no pasar por ellas. Tomar los senderos y andar prácticamente a campo traviesa. Para andar a pie es lo que me permitiría aconsejar sinceramente. Para gozar plenamente de los campos, para comprender hasta qué punto un paisaje puede ser bello y apreciar la hermosura de la tierra y de las cosas que están en ella, los senderos son excelentes. Viajar por los senderos de un bello país —tan bien cultivado, tan luminosamente ordenado como el mío— es una deliciosa ocupación. A veces serpentean entre los pinares oscuros, solitarios, envueltos en un aire callado, mecidos por la grave y alta sonoridad que el aire hace en las copas de los pinos. Otras veces transcurren entre las arboledas manchadas de sol y de ligeras sombras, en un vivo juego de hojas claras, desvaídos verdes, que al paso del viento repiquean. Los pinares son secos y su perfume es aéreo. Las arboledas tienen siempre un punto de húmeda frescura, las hierbas de su suelo despiden un perfume terrenal y denso. En ambos parajes, uno tiende a detenerse, a sentarse en una piedra, a tumbarse en el suelo. Por eso sin duda mis viajes a pie son tan cortos en kilómetros recorridos, porque no son más, en definitiva, que pretextos para andar lo menos posible y contemplar, desde posiciones más o menos horizontales, la belleza de la tierra. A menudo uno no llega ni a mirar siquiera porque el peligro de quedarse dormido es permanente. Para dormir una horita —*una horita*— no hay nada como un pinar o una arboleda.

Antes se podía leer en los escapates: «Vacaciones sin kodak

son vacaciones perdidas.» Bien, yo no llevo a tanto; a mi entender, unas buenas vacaciones están íntimamente unidas con un modo o clase de vida en que el dormir sea fácil y hacedero. Vacaciones sin dormir son vacaciones perdidas. No hay más que una manera posible de descansar, que es dormir. Por eso, el horario de mis viajes a pie es sencillísimo. Por la mañana, hay que levantarse a una hora decente, a las diez o algo más tarde, para poder gozar, al abrir la ventana, del espectáculo de la Naturaleza en todo su esplendor y magnificencia. Si hemos de gozar del Sol, lo mejor es que el Sol ya dé de lleno.

Una vez tomado el desayuno, y para el desayuno una naranja da es cosa exquisita, hay que salir de la fonda en busca de una sombra propicia. Desde esas sombras es cosa agradable esperar confiadamente la hora del almuerzo. Hay todavía algún pueblo que tiene en la plaza grandes árboles que fueron plantados por nuestros bisabuelos, los cuales tuvieron el candor de plantar el árbol de la libertad para celebrar el hundimiento del oscurantismo y el esplendor de la vida moderna. Ahora, es de rigor burlarse de nuestros pueriles bisabuelos. A ellos, sin embargo, debemos, en este país, las pocas plazas sombreadas que hay en los pueblos, que si debiéramos contar con los árboles que plantaron los otros, aviados estaríamos.

Una plaza, una calle del país con una fronda arbórea, densa y pomposa, es algo que se confunde con la civilización misma. Los pueblos sin árboles y sin sombras son puros aduares sin integración posible. Un pueblo que tiene sombras, tiene lugares donde se reúne la gente. En mis viajes a pie busco estas tertulias, y, si por falta de arbolado, no las encuentro, me marcho del pueblo. Si las hay, me acerco a ellas y escucho lo que dice la gente. Siempre aprendo. Para aprender hay que escuchar a los demás. Desconfiad de los que no escuchan —son puros fanáticos, auténticos imbéciles, dogmáticos grotescos. En todo caso, no hay nada que abra el apetito como aguzar un poco la diálctica hablando con personas desconocidas. Si antes del almuerzo uno ha podido decir una palabra amable a un ser humano desconocido, el almuerzo está ganado con creces.

Y luego, después del almuerzo y de las dos tazas de café de rigor, tan apropiadas a la vida andariega, emprende uno otra vez el camino. La tarde de septiembre se presenta en Iontanza con

toda su precisión y magnificencia. Y lo agradable al emprender la marcha es dejar la carretera al lado y enfiar un sendero. A veces, sigue uno el curso de una u otra corriente de agua —corriente siempre escasa en todos los tiempos. Pero esta clase de senderos conducen indefectiblemente a frescas arboledas. En otros paisajes el camino pasa al borde de ondulaciones montañosas y entonces se presentan, a la vista, los pinares en paz, solitarios, flotantes en la gravedad de su fronda sonora. Y entonces se plantea el problema de saber qué es lo más adecuado para dormir una horita —una *horeta*—; si un pinar o una fresca arboleda. Tanto uno como otro paraje invitan, dejado que ha sido el pueblo atrás y después de haber andado algún tiempo, a hacer un primer alto y a sentarse al borde del camino. Del sentarse al tumbarse no hay más que un corto espacio, y del tumbarse a quedar dormido hay todavía menos. Ahora, lo interesante sería captar los pequeños matices: los matices que a los efectos del quedarse dormido puede tener un pinar o una arboleda. Para ello, la excelitud de uno y otro paraje es indiscutible, pero en el momento de escoger, mi ánimo se detiene.

LOS MUEBLES DEL PAISAJE

En agosto, después de la trilla, los campos están vacíos. El sol y la luz abruman al país, el canto de las cigarras aumenta el deslumbramiento del aire, los payeses duermen a la sombra de la higuera familiar. A media tarde, buscan el frescor de los huertecillos.

Pero cuando llega septiembre los campos se animan y empiezan las labores para las cosechas de otoño. Y así, al andar por las carreteras, uno encuentra, en sus márgenes, algún que otro payés.

La Naturaleza tiende a amueblar el paisaje con payeses. Mi maestro Jules Renard dice, en una nota de su inolvidable «Journal», que los payeses son un mero accidente del terreno. Renard conocía muy bien el campo y era al mismo tiempo un alquitarado representante de la literatura más refinada de su tiempo. En el fondo, como tantos y tantos literatos ciudadanos,

organizadora de empresas agrícolas, ha creado una organización económica de censos y arrendamientos, aparterías y masoverías y *rabasses*, que ha trabado fuertemente entre sí a la sociedad payesa. Y todavía esta red trabada resiste a los esfuerzos y forcejeos de economistas y seudogobernantes que no toleran sino las formas apriorísticas forjadas en su cerebro y no saben estudiar ni aprender de las sociedades formadas por la Naturaleza.

«En sus funciones, esta aristocracia no puede ser despótica, porque no representa un señorío sobre patías, remensas o esclavos, sino un grupo democrático seleccionado, al que si le damos el nombre de aristocracia es tan sólo por una remota similitud que presenta con aquella extinguida clase social, por razón de su influencia y de ser hereditaria. En realidad, en su mayoría es una clase salida del pueblo por selección, con entronques íntimos de trato, de colaboración de intereses e incluso de parentesco con las clases más modestas y que si no cumple su función social muy fácilmente puede caer de su lugar privilegiado, mientras suben a él con igual facilidad familias de categoría inferior que se hicieron merecedoras de ello gracias a su talento, actividad y amor a la tradición.»

La cita es muy comprensiva, abarca el ancho horizonte de nuestra realidad social y responde a la verdad. Inicialmente, y de una manera siempre renovada, surge de nuestras casas de campo la energía humana que asegura, al desgajarse de ellas, la continuidad de nuestra sociedad. Si ese libro tuviera alguna finalidad sociológica, nos costaría poco demostrar este hecho en todos los momentos de nuestra historia. En el curso del último siglo, en nuestra era propiamente moderna, el fenómeno parece haberse todavía acentuado. El proceso de la industrialización, el proceso de la formación de Barcelona, el proceso del recobramiento de nuestra personalidad ha sido creado, impulsado, mantenido por hombres nacidos en esos microcosmos esparcidos difusamente por el ámbito de nuestro paisaje y cuya trabazón orgánica constituye nuestra auténtica alma *mater*. En Barcelona viven cuatrocientas mil personas cuyos bisabuelos, cuyos abuelos fueron payeses. Ello hace que la manera general de ser del país se encuentre afectada por esa ascendencia indubitable.

EL PASO DE LA FRUTA

Esas casas de campo, o masías, son muy bellas.

Su planta es la de la casa romana. Tienen una gran entrada rectangular y habitaciones a ambos lados de la parte profunda del rectángulo. Tienen un primer piso que es una réplica de la planta, y un segundo piso dedicado a granero. La fachada está rematada por un tejado de vertiente suave. A veces, el segundo piso tiene, dando al exterior, unas aberturas con arcos de medio punto, graciosos y aéreos.

Frente a la casa, a la izquierda, suele haber un ciprés, signo de la hospitalidad. A la derecha, una higuera antigua, que en verano sirve para que los payeses hagan, a su sombra clara, una siesta benigna, con una cigarra rasgueando el aire inmediato luminoso, deslumbrador. A veces, bajo la sombra de esas higueras, pasa el zumbido perzoso de una abeja. En los alrededores de la casa hay almendros, granados, algún níspero. Se columbra desde la puerta de la casa el olivar, la viña, el pequeño bosque para la leña. Todo es minúsculo, de una presencia familiar, absolutamente conocido. A dos pasos de la puerta, sobre la era, están los pájares, dorados en verano y que van palideciendo, con el paso del año, las lluvias y los vientos.

Alrededor de esas casas suele reinar, casi siempre, un gran silencio. El viento murmura en las frondas de los árboles inmediatos. A veces silba o pasa grave por las chimeneas. Los trabajos del campo se desarrollan alrededor de la casa, sin hacer apenas ruido. A veces parece que estas casas tienen un ritmo mortecino. Otras veces parece que no las habita nadie, que están muertas. Sólo el canto de un gallo, el mugido de una vaca, el ladrido de un perro, rompe el silencio. La gente entra y sale, engancha o desengancha un carro, aparece y desaparece en medio de un silencioso automatismo. En la vida del campo no hay nada gratuito, nada positizo, nada innecesario. Todo se justifica. Hay tres momentos durante el día en que esas casas parecen animarse: por la mañana, al mediodía, al anochecer, es decir, en los momentos en que los animales reciben el pienso. Los animales no saben disimular ni su hambre ni su sed, y por eso, cuando llegan esas horas, se produce en las casas de campo una formulación animal de deseos y de anhelos. Ello las llena de movimiento, de

ruido y de vida. Cuando las necesidades están satisfechas se proyecta sobre las masías una morosidad y una calma suave y tupida. El ritmo de su vida se amortigua, se hace más lento, queda como diluido. El ritmo de las masías está entonado en las necesidades digestivas, en el fondo somático de la vida.

Esas casas suelen tener pocas comodidades. Si algunas existen no suelen funcionar con la eficiencia que debieran. Pero son un verdadero oasis para descansar, para dejarse vivir, para dormir. Si el hombre no tuviera una tendencia tan sistemática a destruir, por aburrimiento, su propio bienestar y felicidad, si fuera un ser consciente de sus límites, de sus posibilidades y de su fuerza, si el hombre no fuera un ser tan triste, la vida de estas masías — la vida de trabajo o de imaginación en estas casas — le bastaría. Quien, encontrándose un poco fatigado, ha dormido alguna vez en ese silencio, en esa atonía, en esa calma mecida por el viento, en esas camas profundas de esas habitaciones grandes y calladas, sabe hasta qué punto puede ser agradable la vida. Descansar, dormir bajo esos tejados, dentro de estos muros, está en el orden de las cosas absolutamente bien hechas.

Alrededor de estas casas suele haber, indefectiblemente, un huerto. En el huerto, hay unos cuadradillos, admirablemente cultivados. Esos cuadradillos varían, en el curso del año, según lo que tienen plantado encima. En invierno, su escualidez es grande. En verano, la pompa vegetal los cubre esplendorosamente. En esos huertos hay unos árboles frutales, árboles frutales de todas clases. Con el paso del año la fruta que producen varía sucesivamente. Sobre las mesas, pasan los colores, los olores, las formas más exquisitas de la fruta del tiempo. Estos reflejos dan un encanto delicioso a nuestras masías.

La fruta primaveral y estival que produce nuestra tierra aparece en la mesa siguiendo un orden que va de menor a mayor.

Al mediar de la primavera llegan las primeras, pequeñas fresas de bosque y de jardín, y su perfume parece entremezclarse con el olor de las violetas. Luego aparecen los fresones que coinciden con las carnosas rosas rojas de San Poncio, con sus pétalos grandes y frescos. Las ciruelas aparecen en seguida, con su color de agua dormida, coincidentes con el apasionado y seco perfume del espliego. Y las cerezas, que son de tan diversas clases y de una gama de colorido que va del rojo negruzco a los carmines más

evaporados, delicadísimos. Las mejores son esas últimas, que llamamos de *cor de colom*, que tienen la carne dura y prieta. Los pájaros adoran las cerezas, y me he entrenado a veces en los huertos contemplando los gorriones metidos en el follaje de los árboles acariciándose su pequeña cabeza en la mejilla de la fruta colgante, antes de hincarles en la carne el pequeño embudo de su pico. Las cerezas llegan con el menudo, morado tomillo y la *retama amarillenta*.

Otra excelente fruta: la manzana, sobre todo si tiene el punto de agriñude preciso. Esta fruta puede llegar a tener una soberbia, cerulea presentación y representar en miniatura una puerta de sol en el golfo de Nápoles con celajes de una rosa pálido desvaído. Puede llegar a ser también un poco insípida, y el poeta Heine solía decir esta deliciosa tontería: que los niños en el norte de Europa son tan rubios porque comen tantas manzanas crudas o cocidas. Con las manzanas aparecen los albaricoques — floración musgosa sobre una teja antigua — estando el campo poblado de las amapolas de la siega. Las amapolas son una planta parasitaria del trigo, de la cebada y de la avena, pero por el momento dejaremos de lado las consideraciones que sobre las plantas parasitarias podríamos desarrollar como aficionados a la economía agraria y dedicaremos hoy todos nuestros afanes a lo que don Pablo Píerrer llamaba las bellezas de la Naturaleza. Los albaricoques son bellos en el árbol, sobre todo a la incierta luz del alba matutina, cuando cantan los mirlos y las codornices y más bellos quizás todavía sobre una fuente de cristal, sobre unos manteles pulidos, suavizada su rugosidad con una punta de agua y hielo. Sus colores son entonces tan fascinadores que uno no sabe si comerlos o dejarlos; tan encantadora es su presencia. Su gusto es un poco pastoso y filamentososo, de manera que su presentación no suele corresponder a su rendimiento. Pero eso, que sucede con los albaricoques, ocurre con muchas otras cosas en la vida. La contrapartida del albaricoque es el melocotón, fruto de menos presentación que el anterior — aunque a veces, si es de secano sobre todo, puede ser bellísimo — y en cambio de un gusto maravilloso, infinitamente superior al albaricoque. Hay también muchas clases de melocotones, una gama de carne de melocoton que va de la mollar y acuosa a la prieta y tensa, siendo la última, a mi entender, la preferible, aunque se deba reconocer

que no hay mejor fruta para la glotonería que el melocotón mollar y semilíquido.

Cuando sobre una mesa bien puesta, limpia y cuidada, sobre todo a la hora de la cena, bajo una amable luz artificial, contemplo una fuente de esta clase de fruta tocada por un cristal de hielo, se me produce, por un fenómeno de retorno a lo natural espiritualizado, el recuerdo de aquellos deliciosos versos de Tristan l'Hermite, que dicen:

*L'ombre de cette fleur vermeille
Et celle des ces ions pendants
Paraissent être là-dedans
Les songes de l'eau qui sommeille...*

Este poeta Tristan l'Hermite estaría prácticamente olvidado si no hubiera tenido la suerte que Debussy hubiera puesto música a algunas de sus poesías. No creo que exista una poesía dedicada a las manos de una mujer que pueda compararse a la que sigue:

*?Vaux-tu par un doux privilège
Me metre au-dessus des humains?
Fais-moi boire au creux de tes mains
Si l'eau n'en dissout point la neige...*

Ese poeta Tristan l'Hermite, que vivió en la época de Luis XIII y escribió muchos versos amorosos y eróticos y por tanto algunas elegías, tiene la particularidad — que sin embargo no es rara entre los poetas — de que una gran parte de su obra la elaboró por encargo y para que algunas personas de mayor riqueza y de más dilatada superficie pudieran aparentar una virtud sentimental ante las damas y las señoritas del tiempo. ¡Pobre l'Hermite, poeta de los sartos de cama del duque Federico-Mauricio de Bouillon, hermano del gran Turenne, en qué trances nos hemos de ver! Mucho más limpio sería, creo yo, que existieran manuales de poesía de compra fácil y asequible dedicados a las necesidades que fueran surgiendo. Si tenemos el «Manual del orador para hacer un buen papel ante todos los compromisos», ¿quién nos dará el «Florilegio de versos de amor para todas las circunstancias de la vida»? Esta sería, creo yo, una labor editorial muy útil

—mucho más útil que profetizar monótonamente la guerra... que no viene.

Para volver a la fruta diremos que con los melocotones aparecen en tropel una serie de delicias: las primeras peras, la uva, de tan delicada variedad, los higos. Las peras — dirán ustedes — como mejor están es en invierno con el queso. De acuerdo. Pero en verano una pera de agua, refrescada, es una delicia. Nuestras uvas son reputadas una de las frutas más excelsas, si no la primera. Es imposible no adherirse a este criterio. Otra armonía deliciosa: la que hacen las uvas con el cristal, la plata, los manteles, los muebles discretos. Góngora, que de todos los clásicos castellanos es el más moderno — quizás el único propiamente moderno —, tiene algunos raros versos que captan estas armonías:

Cual fina plata o cual cristal tan claro.

Mientras tanto, los higos en el secano ascético, irán madurando entre rebuznos asnales, soles deslumbradores, tardes polvorientas y lunas pegajosas de canícula. Y finalmente la fruta tomará un aspecto pomposo y solemne. Aparecerán las cucurbitáceas: las sandías, los melones. El sabor de estas frutas ha sido muy discutido, sobre todo el sabor de las sandías: granadina con más agua que azúcar han sido llamadas las sandías. En cambio, los melones son cada día más apreciados y tienen muchos prosélitos. Soy un partidario bastante desasido de las cucurbitáceas. Lo confieso.

La mejor fruta es la de secano. La madurada intensivamente con muchos abonos y abundancia de aguas tiene, para algunos, menos sabor, menos perfume y su carne no posee aquella cohesión intensa que es uno de sus mayores atractivos. La fruta ha de ser un poco dura, hay que poder hincar el diente en ella sin que el exceso de líquido se derrame como una sopa; su carne ha de ser juvenil, adolescente. La fruta además ha de ser fresca, sin ser frigorificada ni yerta de frío. El albaricoque, el melocotón, la uva, las peras, son mucho mejores fríos que a su temperatura natural. Con el frío se afinan, su carne se sutiliza, y si no se depasa la medida en la temperatura, ganan incluso en perfume. Una de las cosas más difíciles de componer es lo que se llama una

macedonia de frutas. Hay frutas que mezcladas aumentan de sabor; otras, en cambio, se repelen. El gusto farináceo, insípido, aburrido de los plátanos, hace perder sabor a nuestras frutas infinitamente más sabrosas y finas. Tampoco creo yo que hay que mojar la fruta en estos brebajes dulces que con el nombre de champán autárquico aparecen en algunas mesas. Sin duda alguna, la fruta pierde.

Con el olor de la fruta sucede lo contrario que con las mujeres. La fruta ha de oler. En cambio, el poeta Plauto observó ya que el olor más exquisito que puede tener una mujer es carecer en absoluto de olor.

Mullier tum bene olet, ubi nihil olet.

NI CON UNOS NI CON OTROS

La escuela conservadora catalana ha idealizado nuestra payesía. Hemos de remitirnos un momento, otra vez, a la célebre pastoral del señor obispo Torras y Bages a que hicimos referencia en un capítulo anterior. Este magnífico documento enfoca nuestra manera de ser con un criterio francamente optimista. El sabio prelado proclama en su pastoral que la payesía es hueso de sus huesos y carne de su carne y que de ella recibió no sólo la base de su carácter sino la de su filosofía y teología. En franco contraste con las opiniones formuladas sobre los payeses por los novelistas y observadores de la época realista y verista, el doctor Torras hace fervorosos elogios de nuestra clase rural. Nos dice que las casas solariegas son como iglesias domésticas: troncos seculares de los que retoñan generaciones y generaciones de cristianos y de ciudadanos; lares de las tradiciones patrias; aglutinantes de la sociedad; armonías de la civilización; archivos del buen sentido y de las costumbres sanas; levadura de grandes caracteres; escuelas de la mejor sociología; sementeras de sociólogos desconocidos del mundo y de sí mismos, verdaderos edificadores de la patria. Es en esta célebre carta donde está incluida aquella famosa sentencia, que dejaremos en el idioma original: *Nós pensem que en el pagès es troba l'exercici màxim de*

les relacions de l'home amb Déu, amb la Naturalesa i amb la Humanitat en general.

En estos tiempos de frenético estraperlo, en que los payeses son tran traídos y llevados, las opiniones del doctor Torras, al menos a primera vista, parecen presentar un sobrante de cascore retórico considerable. Pero no hay que olvidar que en la época en que el famoso obispo de Vich escribió su carta pastoral, la clase rural era bastante pobre, los productos de la tierra se vendían, a consecuencia de la abundancia, a base de beneficios normales — que eran considerablemente menores que en estos tiempos de miseria y de dificultades. De la misma manera que la República es siempre muy bella en tiempos de la Monarquía, los payeses eran considerados muy graciosos y cabales cuando un kilogramo de pan se compraba a cuarenta y cinco céntimos, y era blanco. Los precios actuales han hecho perder a los payeses su considerable, congénita gracia.

Por otra parte, el doctor Torras describía una situación que ha cambiado notablemente. Al hablar de los payeses, pensaba principalmente, en los propietarios rurales. Hoy es casi imposible escribir sobre los payeses e incluir en el estamento a los propietarios. Son raros los propietarios de una cierta categoría que vivan en el campo. La mayoría se han ido a vivir a las aglomeraciones urbanas. Muchos tienen con su finca o fincas un contacto muy ligero: lo que dura el acto de partir los frutos con el cultivador o cultivadores de ellas. Este desapego a la tierra no ha representado, a mi entender y desde el punto de vista de los intereses generales, ningún daño. Ello ha permitido el acceso a la propiedad de la tierra de muchos hombres que la trabajaban. Este trasiego ha sido una auténtica revolución, porque una revolución no es más que un cambio de personal. Pero el fenómeno, habiendo transcurrido ante las mesas de los notarios, ha tenido una benignidad. Ha sido una solución de continuidad digna de ser subrayada.

Aquí en este libro, cuando se habla de los payeses, no se pretende incluir en el gran estamento a los propietarios que se han ausentado de sus fincas y que ni por sus gustos ni por su manera de ser tienen que ver con el campo. Esos señores se disgustarían si alguien les dijera que yo he tenido la pretensión de incluirlos en la clase que honraron sus antepasados. Respetemos